

Subjetividad y consumos problemáticos de sustancias: algunas reflexiones conceptuales

Pablo Barrenengoa

pablobarrenengoa@hotmail.com

Facultad de Psicología | UNLP

Resumen

El siguiente trabajo tiene por objetivo la reflexión y articulación teórica sobre los consumos problemáticos de sustancias psicoactivas, a partir de la noción de subjetividad. En este trayecto, se mencionan algunos operadores conceptuales que permiten problematizar los abordajes tradicionales del fenómeno en cuestión. Frente a una bibliografía tensionada por el enfoque de riesgo o por abordajes psicoanalíticos que privilegian la dimensión de falta o lo estragante del deseo materno en las toxicomanías, el abordaje de estos fenómenos, a partir de la categoría de subjetividad, permite abrir la pregunta sobre nuevas modalidades subjetivas y de tramitación del padecimiento que prevalecen en el contexto de la sociedad de consumo. Advertir este escenario resulta de inestimable importancia para el trabajo con diversos dispositivos preventivo-asistenciales, en la medida en que la materia prima con la que diversas modalidades de abordaje del padecimiento humano interactúa -la subjetividad- parece estar en estado de transformación sin que pueda decirse aún hacia dónde se dirige.

Palabras clave: subjetividad; adicciones; modalidades de subjetivación; psiquismo

El presente trabajo procura establecer diversas articulaciones y elaboraciones teóricas que toman como punto de partida algunas de las múltiples manifestaciones en el campo de las llamadas “adicciones”. Dicho trabajo, forma parte de la reflexión que acompaña el proceso de escritura del proyecto de tesis para el doctorado en Psicología, para el cual se dispone de una beca tipo A otorgada por la Secretaría de Ciencia y Técnica (SECYT) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), con lugar de trabajo en el Laboratorio de Psicología Comunitaria y Políticas Públicas de la Facultad de Psicología (UNLP).

Abordar algunas de esas dimensiones que interactúan en las modalidades actuales del padecimiento subjetivo, implica necesariamente iniciar el recorrido con la reflexión sobre las condiciones actuales de subjetivación en la sociedad contemporánea. En este tránsito y, fundamentalmente, en la vinculación con los resortes socio-históricos del consumo de sustancias, vale la pena revisar sucintamente algunas cuestiones más amplias, indagadas por algunos autores inscriptos en la perspectiva de la historia de la subjetividad. Por ejemplo, Ignacio Lewcovicz (1999), ha señalado las alteraciones que se han dado en los soportes de la constitución subjetiva contemporáneos y, según afirma, el Estado y sus instituciones nodales (familia nuclear, trabajo, escuela) como organizadores sociales en los modos de orientar el devenir de las personas, ha sido desplazado por la potencia soberana del mercado.

En términos de Zygmunt Bauman (2007), nos encontramos en el final de un proceso que produjo el pasaje de una sociedad de productores a una de consumidores; este cambio significó múltiples y profundas transformaciones que permiten pensar que el mundo de la adicción sólo es posible en determinadas condiciones socio-culturales. Esto nos lleva a afirmar una primera cuestión: las adicciones en la era contemporánea, no pueden considerarse como una categoría clínica en sí misma, sino el rasgo fundamental de la relación de los sujetos con los objetos de consumo.

Algunos aportes teóricos enmarcados en todas estas consideraciones, resultan de gran utilidad para comprender cierta matriz contemporánea que desencadena producciones subjetivas de múltiples manifestaciones. Entre ellas, puede mencionarse que la subjetividad “adicta” es pensada -bajo ciertas condiciones- como un modo de expresión posible dentro de un soporte subjetivo más amplio, instituido por las coordenadas de des-realización de los Estados nación y producciones subjetivas del mercado: el sujeto consumidor.

El consumidor varía sistemáticamente de objeto de consumo sin alterar su posición subjetiva, realiza una permanente sustitución sin que dicha práctica le ocasione ninguna alteración. La subjetividad instituida del consumidor es la del “buscador” del objeto que

devuelva imagen de plenitud. Pero no la del “encontrador” de objetos. El que encuentra el objeto, es decir, el que satisface la promesa del mercado, se excede de la lógica del mercado. En términos de Lewcowicz:

[...]la subjetividad instituida se sostiene en la promesa y no en la consumación. La consumación del consumidor suprime al consumidor y da lugar a un adicto. Adicto a algo que le proporciona plena satisfacción en el sentido que proporciona siempre el mismo estado físico mental de plenitud. El adicto se constituye a la vez en la realización y en la interrupción del consumo (1999: 14).

El consumo no requiere ni de ley ni de los otros, dado que es en la relación con los objetos y no con los sujetos donde se asienta la ilusión de satisfacción. Destituida la potencia del Estado en la producción de subjetividad, cabe la pregunta por cuáles son los horizontes de expectativa y el espejo donde se miran sujetos. Como han señalado Silvia Duschatzky y Cristina Corea, “el otro como espejo, como límite, como lugar de diferenciación, se opaca, se torna prescindible” (2007: 21).

A la par de la visibilización de la problemática “adictiva”, a partir de la década del ‘70 existe una multiplicidad de teorías que se han desarrollado y han tenido impacto en el intento de comprensión e intervención sobre el fenómeno. La pregnancia y hegemonía de cada corriente teórica ha ido variando de acuerdo a factores que aquí no se discutirán, pero que forman parte de la diversidad intrínseca de las ciencias humanas. (Smith, 1997). Esta bibliografía se basa mayormente en un enfoque más general, denominado “de riesgo” que, inspirados en la tríada propuesta por Nowlis (1975) construye una ecuación compuesta de diferentes factores que inciden en la configuración de los CPSP. En ella, se han mencionado una infinidad de factores que van desde macro sociales (como por ejemplo la incidencia de condiciones estructurales de la economía política en las micro prácticas de consumo), hasta factores individuales vinculados a las creencias o percepciones del riesgo (García del Castillo y otros, 2013; Hawskin y otros, 1992; Moral Jimenez, 2007). Si bien algunos de los factores mencionados por estos enfoques nos hablan de la multidimensionalidad de los CPSP y reconstruyen algunas de las múltiples determinaciones de los CPSP a nivel macrosocial, microsocioal e individual, no hablan de los sujetos, sus modos de significación, de las operaciones subjetivas puestas en juego, del impacto en sus relaciones sociales y valoraciones construidas. (Duschatzky & Corea, 2007).

En este breve recorrido, nos topamos con algunos operadores conceptuales que la teoría psicoanalítica ha utilizado en el abordaje de las toxicomanías. Entre ellos, adquieren centralidad la indagación de la función de la sustancia en cada sujeto, la singularidad y el abordaje de la historicidad subjetiva. La mirada de la singularidad resulta una referencia ineludible y de inestimable importancia para poder analizar el consumo de sustancias, en la medida en que lo que se privilegiará será la agencia del sujeto y función que tiene la sustancia en su propio entramado biográfico y pulsional, más allá de la toxicidad.

En este marco, se parte de la consideración de que la sustancia, en los consumos problemáticos, no es un objeto hedónico. Es más bien un objeto que demuestra la imposibilidad de un hedonismo feliz: del principio del placer se pasa muy rápidamente a más allá del placer. El toxicómano es absolutamente sumiso al puro imperativo superyoico. El superyó, en su faceta más profunda, empuja a la muerte (Laurent, 2014). Se trata, desde esta mirada, de desmarcarse de posiciones en que se ha banalizado la idea de placer de las drogas y poder situar la especificidad de las toxicomanías, no como entidad clínica diferenciada, sino como un modo de cancelación tóxica del dolor subjetivo, asintótico con el inconciente, que no puede ser asimilado al mero uso de sustancias sino a la operatoria del *pharmakon* en cada paciente singular (Le Poulicheto en Laurent, 2014). Esta perspectiva resultará fértil, en la medida en que permite historizar diacrónicamente la intervención de la sustancia en la vida de los sujetos. Según este modo de abordaje, los consumos problemáticos se caracterizan por la búsqueda de efectos rápidos y cambios en el ánimo, en la percepción o en los sentimientos mediante una vía química y tóxica que logra la adaptación circunstancial a una realidad displacentera. (Miguez, 1998). Así, se trata de visualizar la función que cumple la sustancia en cada caso. Desde esta concepción, el problema no radica esencialmente en la toxicidad de lo que se consume, sino en haber abandonado cualquier otra forma para recuperar la capacidad de entusiasmo con algo y la carencia de vínculos o redes sociales de contención y apoyo que lo ayuden a recuperarla de otra manera. Se podría decir que, cuando se ve suspendida la vía de satisfacción habitual de un sujeto en sus micro y macro contextos, puede intentar la satisfacción mediante modalidades tóxicas. Estas, están ligadas a la pereza, circuitos pulsionales que sortean el rodeo por el Otro y todo encuentro con la alteridad. Se trata, según Sylvy Le Poulichet (2014), de una cancelación tóxica del padecimiento desplegando un modo de satisfacción de carácter alucinatorio. Lo tóxico aquí se entiende, no como una formación de síntoma susceptible de ser descifrada, sino como la búsqueda de alivio de la tensión sin resolución del conflicto. Urgencia, inmediatez, pereza, abolición del tiempo y de la diferencia. El

aislamiento en los casos de toxicomanías severas nos habla de una descarga por fuera de los sentidos culturales compartidos con otros.

Ahora bien, pensar los consumos problemáticos desde las subjetividades de la época, implica optar por el abordaje de la subjetividad y no exclusivamente por el abordaje de procesos inconscientes. Como ha señalado Silvia Bleichmar, la producción de subjetividad no es un concepto psicoanalítico sino sociológico: “hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar” (2003: 2). Diferenciaremos, por lo tanto, entre psiquismo y subjetividad, reservando esta última a aquello que remite al sujeto, a la posición de sujeto, por lo cual se diferencia, en sentido estricto, del inconsciente. La subjetividad no podría remitir al funcionamiento psíquico en su conjunto, no podría dar cuenta de las formas con las cuales el sujeto se constituye, ni de sus constelaciones inconscientes, en las cuales prima la lógica de la negación, de la atemporalidad, del tercero excluido, o la lógica del proceso primario (Bleichmar, 2004).

La noción de subjetividad parte de la consideración de que está en circulación en grupos sociales de diferentes tamaños: es esencialmente social, asumida y vivida por individuos en sus existencias particulares. Según Félix Guattari y Suely Rolnik:

[...] El modo por el cual los individuos viven esa subjetividad oscila entre dos extremos: una relación de alienación y opresión, en la cual el individuo se somete a la subjetividad tal como la recibe, o una relación de expresión y de creación, en la cual el individuo se reapropia de los componentes de la subjetividad, produciendo un proceso que llamaría de singularización (2006: 47).

La subjetividad reúne elementos heterogéneos y dimensiones polifónicas, en la medida en que los agenciamientos que operan sobre los sujetos son múltiples. Dicha multiplicidad permite advertir que no se trata sólo de saber por qué un sujeto consume, a partir de la noción de lo que le falta o carece. Existe también allí, incluso en las acciones más destructivas, una afirmación del sí mismo, una producción subjetiva, una micropolítica activa, de aprehensión del sí mismo, del cosmos y de la alteridad que da cuenta, en muchos casos, de verdaderas rupturas existenciales (Guattari & Rolnik, 2007). A diferencia de algunos abordajes psicoanalíticos que en presentaciones de desregulación (de comida, de sustancias, etc.) han enfatizado la dimensión de la falta, del defecto en la operatoria de la función paterna o dimensiones estragantes del deseo materno, resulta un reduccionismo

psicologista no reparar en las dimensiones subjetivas y, por lo tanto, socio-históricas, que producen modalidades existenciales compatibles con esas pulsiones salidas de cauce (Fernández, 2013) y arrasadas por el avance de la insignificancia, según una expresión de Castoriadis.

En su reciente libro *Jóvenes de vidas grises*(2013), Ana María Fernández ha proporcionado un importante aporte en el campo de los problemas de la subjetividad y la juventud. A partir de hallazgos en el campo de la clínica en diversos sectores sociales, ha señalado la frecuencia en esta franja etaria con la que se comienzan a presentar modalidades de subjetivación que ha denominado, por un lado, en “plusconformidad” y, por el otro, modalidades existenciales que accionan abusos y excesos de diverso orden (violencias, crueldades, trastornos alimentarios, adicciones, etc.), que la autora llama “desbordes de lo pulsional salido de cauce”. En ambos casos, el rasgo característico de estas formas de padecimiento actual está constituido por la extranjería de la experiencia de sí que, en los casos de urgencia de satisfacción, implica el arrasamiento de cualquier pregunta sobre el deseo y expectativa futura, pues la vertiginosidad clausura la posibilidad de instalar las demoras que cualquier campo de experiencias necesita. Según Fernández, además, la dificultad de configurar el campo de experiencias obstaculiza o imposibilita la posibilidad de com-poner el propio mundo, andar por la vida sin brújula. Se trata de modalidades de subjetivación en las que:

(...) se ha roto, interrumpido, desconectado o dañado la relación entre las acciones y sus efectos, en las que la urgencia de la satisfacción borra las necesarias demoras de ensayar, jugar, inventar, calcular, en el campo de las experiencias (...) No hay tiempo para registrar si en el camino se dañan o dañan a otros. Comprobar que no hay borde los confirma (Fernández, 2013: 28).

Según esta línea de pensamiento, se ha señalado que una buena parte de estas modalidades subjetivas, compatibles con cuadros graves de adicciones, la experiencia de la temporalidad queda gravemente afectada. Esto implica que la articulación entre experiencias que significan el pasado y proyecciones a futuro, de construcción de un porvenir -que permite establecer un anclaje en la configuración de un presente- se encuentra alterada: se consume en la inmediatez.

Al mismo tiempo, las instituciones y modelos identificatorios tradicionales propios de la sociedad industrial (familia nuclear, escuela, trabajo) que prescribían y transmitían sentidos

y saberes, en el pasaje al mundo adulto han claudicado o perdido su eficacia simbólica, teniendo como contrapartida el aislamiento de las personas y su privación de referentes de comunidades de pertenencia, hecho que se experimenta con mayor crudeza en el atravesamiento de las juventudes (Hornstein, 2006; Fernández, 2013). Advertir este escenario resulta de suma importancia para el trabajo con diversos dispositivos preventivo-asistenciales, en la medida en que la materia prima con la que diversas modalidades de abordaje del padecimiento humano interactúa, parece estar en estado de transformación, sin que todavía se pueda vislumbrar hacia dónde se dirige. Diremos, por último, que no se trata de apelar a la restauración nostálgica de los modos de organización del lazo social de la modernidad temprana, sino de indagar estos nuevos modos de subjetivación en diálogo con lo que tradicionalmente instituyó y se ha ido decolorando en las últimas décadas.

Referencias bibliográficas

- Bauman Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Bleichmar, S. (2004) “Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis”. *Revista Topía* [en línea] Recuperado de <<https://goo.gl/PdzzUs>>
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2007). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós
- Fernández, A. (2013). *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- García del Castillo, J.; López, A.; Gázquez, P. y Marzo Campos, J. (2013). La inteligencia emocional como estrategia de prevención de las adicciones. *Health and Addictions*, Vol. 13 (2), pp. 89-97.
- Guattari, F. y Rolnik S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Hawkins, D; Catalano, R. y Miller, J. (1992). “Risk and Protective Factors for Alcohol and Other Drug Problems in Adolescence and Early Adulthood: Implications for Substance Abuse Prevention”. En *Social Development Research Group, School of Social Work University of Washington* [en línea] Recuperado de <<https://goo.gl/q6ZEEq>>
- Hornstein, L. (2006). *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E (2014). “Entrevista a Eric Laurent”. *Estrategias. Psicoanálisis y salud mental*, 1 (2), pp.12-13.

Lewkowicz, I. (1999). "Subjetividad adictiva: un tipo psicosocial instituido. Condiciones históricas de posibilidad" en Dobon, J y Hurtado, G. (comp.). *Las drogas en el siglo...¿que viene?...* Buenos Aires: FAC.

Miguez, H. (1998). *Investigación social, prevención y vulnerabilidad*. Buenos Aires: Paidós.

Moral Jimenez, M. (2007). "Personalidad, resiliencia y otros factores psicosociales asociados al consumo de sustancias". *Revista española de drogadependencias*, 32 (3), pp. 250-291.

Nowlis, H. (1975). *La verdad sobre la droga*. UNESCO.

Smith, R. (1997). *Preface. Chap. 1: The History of the Human Sciences. EnThe Norton History of the Human Sciences (pp. xv-xviii; 3-34)*. New York: W. W. Norton. [Traducción al castellano de Ana María Talak (1998): Prefacio. Cap. 1: La historia de las ciencias humanas. Cát. I de Historia de la Psicología, Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA] [en línea] Recuperado de <www.psicologia.historiapsi.com.>